

JAQUE A LA REINA

ARLETTE GENEVE

El diablo sólo tienta a aquel con quien ya cuenta.

Refranero español

NOTA DE LA AUTORA

Siempre ocurren sucesos importantes cada 29 de febrero. Día controvertido y poco entrañable para una gran mayoría porque, si nacer ya es complicado, hacerlo un 29 de febrero es ya rizar el rizo, además de un gran calentamiento de cabeza. Los afortunados, o no, que tienen el privilegio de nacer un 29 de febrero, celebrarán su cumpleaños un día antes, o un día después en los años no bisiestos, y con el desajuste que ello conlleva. También están aquellos encantados de celebrar su día especial cada cuatro años.

Ya lo dice el refrán: «Año bisiesto y año de pares, año de azares».

En día tan singular han ocurrido hechos importantes en la historia como el nacimiento del Papa San Pablo III. El de un músico italiano tan importante como Rossini. También algunos fallecimientos de personas ilustres como Luis I de Baviera, o Edward Frederick Benson. Un 29 de febrero de 1960, un terremoto asoló la ciudad de Agadir, en Marruecos. Y por ocurrir hechos curiosos, el 29 de febrero del año 2008 fue declarado el primer día europeo de enfermedades raras.

La historia de nuestra querida protagonista, Amor, da comienzo un 29 de febrero de 2008, donde su vida da un giro de ciento ochenta grados, y su futuro se complica de una forma como solo puede ocurrir dentro de una novela. Como cada 29 de febrero es un día extraño, controvertido, lo que sucede en la historia, resulta igual de divertido aunque parezca poco creíble, pero imagino que para eso leemos, para disfrutar y olvidar durante unas horas al día la rutina diaria...

Confío que disfrutéis de la historia de Amor como lo hice yo al escribirla.

Arlette Geneve

CAPÍTULO 1

Viernes, 29 de febrero de 2008

Necesitaba desquitarse con alguien, pero su jefe estaba al otro lado de la línea y no al alcance de su mano, aunque de estarlo, tampoco podría hacer nada. Volvió a colocarse el teléfono en la oreja mientras ahogaba una retahíla de improperios que no llegaron a salir por su boca, ¿cómo podía su jefe Santiago ponerla en esa situación tan complicada? La boda iba a comenzar en sesenta minutos, y ella, ¡era la dama de honor! Miro de reojo su atuendo reflejado en el espejo de pie, al mismo tiempo que gemía con pesar. Santiago, al otro lado de la línea, se mostraba bastante contundente en su requerimiento. Le decía que los certificados debían repartirse a medio día porque tenían carácter urgente y no podían demorarse. Amor seguía escuchando a su jefe a través de la línea de teléfono.

—Será un par de horas como mucho —insistió Santiago.

Amor ladeó la cabeza pensativa mientras lo escuchaba.

—Lucas puede hacerlo por mí —le dijo a su jefe con tono serio, pero el silencio en la línea resultó esclarecedor.

—Lucas ha tenido un accidente con la moto a primera hora de la mañana, se ha roto la tibia y el peroné, estará de baja mucho tiempo —Amor lamentó profundamente el accidente de su compañero—. Eres la única que conoce su zona —le dijo Santiago.

Amor se mordió el labio pensativa. Su jefe estaba adoptando una actitud intransigente, y a ella se le terminaban los argumentos.

—Tengo que estar en Santa María¹ en cuarenta y cinco minutos —le recordó a su jefe, pero Santiago hizo como si no la hubiera escuchado.

—Cuanto antes te marches, antes regresarás —le respondió tajante.

La maldición contenida fue claramente audible para Santiago que seguía manteniéndole el pulso al otro lado de la línea.

—Pero ya estoy vestida para la boda, no me dará tiempo a cambiarme después del reparto.

—No serás la primera mujer que asiste a una boda en vaqueros.

«¿En vaqueros? ¡Ni loca!». Se dijo furiosa.

Había estado gran parte de la mañana en la peluquería, escuchando todo tipo de cotilleos y con un aburrimento monumental, pero el complicado moño que lucía en lo alto de la coronilla era espectacular, y la espera había merecido la pena. ¿Cómo diantres iba a ponerse unos vaqueros?

—No puedo subirme en la moto vestida de dama de honor —ahora fue ella la que escuchó una imprecación al otro lado de la línea.

—Haz los repartos en el coche —le sugirió el jefe, y ciertamente podría hacerlo, dejar el coche en el parking del parque—. Son las once y media de la mañana, repartir los certificados te va a llevar solamente una hora —Amor volvió a rumiar su mala suerte mientras escuchaba a su jefe—. Regresarás a tiempo para el banquete.

—Soy la dama de honor. ¡No puedo faltar a la iglesia! —Exclamó compungida.

—Eres una empleada que debe cubrir una baja urgente —le espetó. Amor soltó el aire poco a poco, porque sabía lo que venía a continuación—. Puestos así de

¹ La Basílica menor de Santa María o Iglesia Arciprestal de Nuestra Señora de la Asunción, está ubicada la plaza del Congreso Eucarístico de la ciudad de Elche.

bravos, despídete del puente del diecinueve de marzo... —la amenaza consiguió hacerla capitular.

Llevaba un año esperando ese día, y no iba a sacrificarlo. La futura escapada a Sevilla la mantenía viva en esa monotonía que tenía por vida.

—Sólo los certificados más importantes —le ofreció ella.

Santiago reiteró con la voz seca.

—Y los postal exprés —Amor asintió con un suspiro.

Santiago colgó con un golpe decidido. El pitido continuado del teléfono, la hizo reaccionar.

Regresó sus ojos hacia el espejo para contemplar su cara llena de frustración. Estaba vestida de raso en un color rosa bastante feo, con una tela que crujía de una forma que le chirriaban los dientes cada vez que oía el frufú. El enorme escote palabra de honor le había disgustado desde el mismo principio porque dejaba al descubierto demasiada piel, y muy visible el nacimiento de sus senos, e incluso el ombligo si se inclinaba, pero nada podía compararse a la animadversión que le producía el color que había escogido la novia para ella. Gloria se había vengado de una forma ruin vistiéndola como una Barbie princesita para el día más importante de su vida: ¡cubrir una baja!

Se sentía vencida ante el chantaje de un jefe negrero.

Amor se apoyó en el armario para descalzarse, y para quitarse las bonitas medias de seda. Tenía que ponerse los deportivos. Sopesó durante un momento quitarse el vestido de dama de honor y colocarse unos vaqueros como había sugerido Santiago, pero lo descartó de inmediato, prefería repartir los certificados vestida de madrina, que contemplar la cara de decepción de Gloria cuando la viera aparecer en la iglesia. Cuando volvió a mirarse en el espejo, se dio cuenta con horror, que sin los enormes

tacones, el vestido arrastraba casi un palmo, ¿sería imposible mantenerlo limpio bajada de esa enorme altura!

Ahora sí que soltó un suspiro, envenenado con el fastidio más espeso.

Volvió a calzarse los precarios tacones, asió su bolsa de mano y cerró la puerta de la vivienda con un golpe sordo. Pulsó el botón del ascensor mientras maquinaba formas de vengarse de su jefe, de su compañero y de la más horrible de todas las amigas: la novia.

Adrien apuró el zumo de naranja, mientras se secaba el sudor de la frente con la toalla que tenía doblada encima del hombro izquierdo. El ejercicio le ayudaba a mitigar las consecuencias del *Jet lag*. El largo viaje desde el aeropuerto Kennedy hasta el aeropuerto de El Altet había resultado sumamente tedioso. Tener que hacer dos embarques, uno en París y otro en Madrid hasta llegar al aeropuerto de Alicante, había resultado de lo más engorroso.

Cruzó los cuatro pasos que separaban la cocina de la estancia habilitada como gimnasio en la magnífica casa de estilo mediterráneo. Abrió los altos ventanales que daban al mirador, y paseó sus ojos por la hermosa vista de la ciudad. Hacia su derecha casi podía ver la ciudad de Torrevieja, una urbe que parecía más un barrio londinense, según una estadística nacional había más ciudadanos ingleses que españoles. A la derecha veía la ciudad pesquera de Santa Pola, y al fondo el hermoso mediterráneo que lucía azul. El sol español brillaba con fuerza en esa mañana de febrero, e iluminaba el paisaje con un brillo dorado que apreció él en todo su esplendor. Adrien se pasó la toalla por el torso desnudo y la dejó colgando sobre su cuello mientras se dirigía hacia la piscina cubierta en la planta sótano de la casa. Le apetecía hacer unos largos para tonificar los músculos castigados por el duro ejercicio, pero el timbre de la puerta lo desvió de su propósito, miró el reloj de su muñeca y vio que apenas era la una del mediodía, imaginó que debía de ser el repartidor del supermercado que le traía la compra que había realizado a primera hora de la mañana por internet, si había algo que detestaba enormemente, era encontrarse el frigorífico y la despensa vacíos de alimento.

El enorme vestíbulo estaba iluminado por grandes ventanas emplomadas que adornaban la maciza puerta de caoba. Volvió a pasarse la toalla por el rostro al mismo

tiempo que asía el picaporte, lo que vio a continuación cuando abrió la hoja de madera, lo dejó estupefacto.

—¿El señor Zorro? —La mujer miraba un pequeño paquete con atención mientras hacía la pregunta con voz neutral.

Y mientras la observaba, dos cosas quedaron manifiestamente claras para Adrien: el merecidísimo humor español, y la ausencia del sentido del ridículo en las mujeres.

—Fox, Adrien Fox —la corrigió con el mismo tono burlón que utilizaría el agente secreto 007 al presentarse en una película.

Amor alzó el rostro del paquete al escuchar la corrección, y al momento se quedó sin palabras.

Sus ojos castaños recorrieron el torso desnudo de forma lenta y concienzuda, contempló con un destello de interés los planos duros de los brazos masculinos que se marcaban con los movimiento. Bajó los ojos por el vientre liso, las caderas estrechas tapadas con un corto pantalón de deporte que magnificaba su potencia sexual..., el hombre carraspeó, y Amor dio un paso hacia atrás como si estuviera frente a un peligro inminente. Había estado tan absorta contemplando el cuerpo del desconocido, que no le había importado dejarlo de pie delante de la puerta y esperando una respuesta a la pregunta de su nombre. ¿Lo había llamado Zorro? ¡Virgen Santa! ¿Cómo había olvidado el sentido del humor de Lucas? Su compañero se pasaba buena parte de la mañana, rectificando los nombres originales de los destinatarios, y colocando el correspondiente en español, ¡tenía que haberlo recordado!

—Tiene un paquete certificado —Amor no sabía de dónde había salido ese graznido horroroso en lugar de su voz, porque estaba plenamente convencida que no había sido su garganta quien lo había exhalado.

—¿Donde tengo que firmar? —le preguntó él.

Amor cerró la boca completamente avergonzada cuando se percató que la tenía tan abierta como el tunel de Somosierra. ¿Acaso era el único hombre que veía en pantalón de deporte? El único no, pero sí el más espectacular.

Si seguía mirando esos pantalones cortitos y ajustados, además de researse todavía más la garganta, iba a perder las ideas.

—Aquí —le indicó, pero sin hacer ademán de acercarle el papel.

Adrien se lo estaba pasando en grande viendo a la mujer que repartía el correo, le parecía de una extravagancia exagerada. El vestido rosa hacía un peculiar ruido cada vez que se movía, y llevaba el pelo aplastado en un complicado moño, algo chafado, que comenzaba a escorarse hacia la izquierda.

—No tenía idea de lo divertido que son los uniformes de correos en España. Aunque parecen un poco incómodos.

Si la hubieran pillado con la lengua metida directamente en la tarta que pensaba probar más tarde en el banquete nupcial, no se habría sentido más mortificada. «¿Cómo se atrevía a emitir un juicio sobre su atuendo sin saber por qué demonios iba vestida así? ¿Y por qué iba disfrazada? Porque quería demasiado a su amiga como para darle un disgusto en el día más importante de su vida». Se dijo a sí misma.

—Tengo que asistir a una boda —le explicó a regañadientes—. Soy la madrina que llegará tarde porque he tenido que repartir unos correos urgentes —sobraban las explicaciones ante lo obvio, pero Amor había siseado las palabras con fastidio.

Las burlas que había soportado esa mañana en la oficina, la desquiciaban, pero había conseguido repartir el correo urgente. El cachas buenorro era el último.

Adrien ya se imaginaba algo parecido, aunque le intrigó. ¿Era la única cartera de la ciudad? ¿No tenía algún compañero que la sustituyera esa mañana que parecía especial para ella?

—Debería de ser el uniforme oficial femenino, sería una forma de alegrarnos la mañana a aquellos que esperamos ansiosos el correo —dijo con humor tratando de consolarla. Amor le extendió el pequeño paquete justo cuando termino de estampar su rúbrica en el resguardo.

¿Por qué motivo le molestaba cada palabra que salía por la boca masculina? Porque tenía un acento soberbio y porque estaba de «toma pan y moja», y ella, hacía mucho tiempo que no mojaba.

—Me lo tomaré como un cumplido —le respondió con un tono seco.

Adrien le sonrió, y al hacerlo, le mostró una hilera de dientes perfectos, blancos, una auténtica sonrisa de anuncio de pasta dentífrica, pero que no la conmovió en absoluto. Por su trabajo, estaba acostumbrada a ver todo tipo de género masculino y aunque frente a ella tenía un buen espécimen, no lo demostró. Le hizo una inclinación con la cabeza a modo de despedida, pero justo cuando se daba la vuelta, un gruñido espeluznante la dejó paralizada. Sabía que si se movía, el monstruo se abalanzaría sobre ella. ¿Cómo no lo había visto al entrar a la parcela? La puerta de la reja estaba abierta, y para acceder al timbre de la casa había que cubrir una distancia de treinta metros. Había dudado pero al percatarse de que no había perro y debido a sus prisas por terminar cuanto antes, había tomado la decisión errónea de entrar, contra toda lógica, para tocar directamente la puerta.

¡Todas las casas tenían monstruos guardianes! Ella como cartera lo sabía.

—¡Quieto! —Gritó el hombre.

No se percataba, pero Amor iba girando sobre sí misma muy lentamente y dando pasos muy pequeños hacia atrás. Su espalda tocó el torso masculino que le hizo de pared y le impidió seguir retrocediendo.

Escuchó la orden, pero el animal seguía enseñándole los colmillos y babeando en actitud amenazante. Imaginó que se le caía la baba por las ansias que sentía de clavarle los colmillos en el culo.

—¡Sujételo! —Pidió con un tono de voz estridente, y demasiado asustado.

—Jerjes es inofensivo —la voz masculina le había acariciado la nuca, y Amor no supo si la piel erizada era debido a la bestia de cuatro patas o por el dueño.

Adrien tenía una visión perfecta de la nuca femenina y del largo cuello de cisne. Olió el perfume de su cuerpo y se preguntó por qué motivo sentía la necesidad de sujetarla por los hombros y estrecharla.

—Jerjes ¡ven! —Ordenó Adrien.

—Jerjes ¡ve! —Repitió ella de forma más contundente.

No pensaba moverse del sitio, así su vida dependiera de ello, ¿dependiera? ¡Dependía!

El gran danés seguía mirándola de una forma que le produjo un escalofrío de miedo. De niña siempre había adorado a los perros, hasta que por su profesión se había llevado más de un mordisco. El último le había costado cuatro puntos en la pierna, y desde entonces, el miedo había sustituido al valor. Veía uno y se quedaba paralizada.

—¿Por qué no lo he visto cuando he entrado? —la pregunta la había formulado para ella misma, con un tono de voz casi inaudible.

—Creí que lo había dejado encerrado, pero el muro del patio no es muy alto y ha debido saltarlo. Siempre se pone de mal humor cuando vuela. Después de varias horas encerrado en la bodega del avión, no soporta que lo encierre.

A ella no le extrañaba que hubiera saltado la tapia, era tan grande que su cabeza casi alcanzaba la altura de su pecho. Adrien finalmente sujetó al can y lo metió dentro de la casa al mismo tiempo que cerraba la puerta tras él. Amor pudo respirar al fin.

—Tengo por norma no dejar el correo cuando no hay buzón en el exterior, y cuando hay perros peligrosos sueltos en la parcela.

La ceja rubia de Adrien se alzó en un arco perfecto con un interrogante.

—Jerjes no es peligroso —trató de informarle, pero Amor no lo escuchó.

—Si desea que le traiga su correo, tendrá que poner un interfono fuera, o dejar atado al perro —el tono femenino había sonado excesivamente duro—. ¡Buenos días señor Fox, Adrien Fox! —Repitió con chanza.

Ahora que el miedo había pasado y el pulso vuelto a la normalidad, disfrutó de usar la misma coletilla que había utilizado él.

Adrien observó a la mujer que caminaba como si estuviera subida sobre zancos. El frufrú de la tela, le hizo sonreír otra vez.

«¡Date la vuelta!». Pidió mentalmente. «Date la vuelta y sabré que te intereso más de lo que dejas traslucir», volvió a repetir, y para sorpresa suya, Amor no hizo ni el amago de girarse. Tomó la saca que había dejado apoyada en el muro, entró en el pequeño utilitario, y con un acelerón salió de la urbanización.

Adrien chasqueó la lengua con cierta sorpresa. Era la primera mujer que no había coqueteado con él de forma descarada, bueno, sí que lo había mirado con lascivia, pero motivada por la sorpresa de su casi desnudez. Hizo un encogimiento de hombros y entró en la casa, tenía muchas cosas que hacer y no podía demorarse en pensamientos libidinosos, aunque la mujer cartera lo mereciera...